



Editorial

En un mundo donde la formación literaria se ve interpelada por realidades educativas y culturales en constante transformación, el número 46 de *La Palabra* surge como un espacio de diálogo plural y enriquecedor entre diversas aproximaciones a la enseñanza y el estudio de la literatura. Los artículos aquí reunidos tejen una red de inquietudes comunes: ¿cómo enseñar literatura sin diluir su fuerza disruptiva? ¿De qué manera los textos literarios pueden seguir alimentando la formación de sujetos críticos en medio de un panorama cultural cada vez más fragmentado? Las respuestas que emergen de estos trabajos son tan variadas como complementarias, confirmando que los estudios literarios y su didáctica siguen siendo un campo vibrante, capaz de reinventarse ante los desafíos contemporáneos.

El análisis ecocrítico de María Rosal Nadales sobre la poesía de Elena Martín Vivaldi entra en resonancia con la propuesta pedagógica de Felipe Munita. Mientras Nadales revela cómo los árboles en Vivaldi construyen una “*gramática de lo viviente*” (Buell 72) que cuestiona el antropocentrismo, Munita sostiene que la enseñanza de la poesía debería fomentar esa misma capacidad de habitar la incertidumbre, tan propia de la experiencia ecológica. Ambos autores, desde enfoques distintos, coinciden en destacar el potencial epistemológico de lo literario para desestabilizar certezas arraigadas. Esta convergencia resulta particularmente relevante hoy, cuando, como señala Flys-Junquera, “*la literatura se ha convertido en un espacio privilegiado para repensar nuestra relación con el entorno*”.

Los cuestionamientos a los modelos tradicionales de enseñanza también resuenan en el trabajo de Blanca Hernández Quintana sobre las novelas gráficas de Jenny Jordahl. Al demostrar cómo estos textos desafían estereotipos de género, Hernández Quintana revitaliza el debate iniciado por Trites sobre el potencial subversivo de la literatura infantil (58), a la vez que establece un diálogo implícito con la “*pedagogía de lo incierto*” propuesta por Munita. Los tres artículos comparten un interés por flexibilizar marcos interpretativos rígidos, ya sea en el análisis textual o en su transmisión pedagógica.

Esta tensión entre tradición e innovación adquiere matices particulares en el estudio de Mery Cruz sobre los hábitos lectores universitarios. Al evidenciar la brecha entre el canon académico y las prácticas lectoras actuales, Cruz revela una crisis que no es solo educativa, sino cultural. Su diagnóstico coincide con las observaciones de Chartier sobre la “*revolución silenciosa*” de la lectura en la era digital (113) y plantea preguntas urgentes: ¿Cómo enseñar literatura en un mundo donde, como advierte Bourdieu, las jerarquías culturales son más fluidas, pero no menos excluyentes? (205).

Una posible respuesta se insinúa en la investigación de Willmen Leonardo Blanco, quien propone que el enfoque histórico puede tender puentes entre el estudio literario y el aprendizaje de lenguas extranjeras. Su trabajo, que retoma la idea de Kramsch sobre cómo “*la literatura ofrece un espacio único para el encuentro intercultural*” (91), complementa los hallazgos del equipo chileno liderado por Carolina Merino sobre las trayectorias lectoras de futuros docentes. En conjunto, estos artículos dibujan un panorama complejo de los desafíos actuales, donde las biografías lectoras individuales (Chambers 34) colisionan con las demandas institucionales.

El cierre lo ofrece la reflexión de Liliana y Sneider Saavedra Rey sobre la dimensión ética de la experiencia literaria. Al recuperar la tradición que va de Scheler a Nussbaum, los autores subrayan que, en última instancia, enseñar literatura es cultivar la capacidad de “*ampliar el círculo de nuestra compasión*” (Nussbaum 98). Esta idea, aparentemente sencilla, gana profundidad al dialogar con los demás textos del número: la compasión de la que habla Nussbaum es ecológica (como muestra Nadales), de género (como argumenta Hernández Quintana) e intercultural (como explora Blanco).

Las conexiones transversales entre estos trabajos revelan una convicción compartida: la literatura sigue siendo un lugar privilegiado para interrogar críticamente el mundo. En tiempos de crisis ambiental, transformaciones digitales y reconfiguraciones identitarias, este número demuestra que el estudio y la enseñanza de la literatura no pueden reducirse a la mera transmisión de un canon, sino que deben promover lo que Larrosa denomina “*el arte de la atención*” (156): esa disposición a dejarnos afectar por lo otro, condición indispensable para un aprendizaje verdaderamente transformador.

Witton Becerra Mayorga
Editor